

V. Blasco Ibáñez
El rebaño gris
(*El Pueblo*, 9-3-1895)

Ayer fue embarcado en nuestro puerto el regimiento peninsular.

¡Hermoso espectáculo!

Una masa de jóvenes vestidos con trajes de mecánica, pasando el portón que conducía a la escala del *Antonio López*, mirando en derredor con cierto azoramiento, andando como sonámbulos, sin osar volver la miradas atrás por miedo a que la tierra patria, que tal vez no vuelvan a ver, despertase en su memoria penosos recuerdos que hiciesen asomar las lágrimas a sus ojos. Un rebaño gris que, mansamente guiado por los pastores tristes y desalentados, avanzaba sobre los embreados maderos, subiendo la escala para desaparecer en las entrañas del trasatlántico.

¡Viva la patria! Hace falta carne humana en los hospitales; las fiebres antillanas, el feroz vómito negro, están hambrientos de víctimas, y allá va rumbo a las Antillas nuestra juventud robusta, arrancada al trabajo de los campos, a la industria de las ciudades, para caer exánime en la manigua o en el lecho caliente y apestado aún por el último moribundo, llamando en vano a la madre separada de ellos por miles de leguas.

Triste y obscuro es su porvenir, pero no pueden quejarse de la despedida. Lo más selecto y distinguido ha ido a saludarles al alejarse de la península.

Los que cobran los pingües sueldos por Cuba; los que por su nacimiento están seguros de que en caso de ruina el gobierno les dará algún puesto en las Antillas de esos que permiten hacer milagros; la aristocracia que por obra y gracia de seis mil reales tiene la generosidad de renunciar el alto honor de servir a la patria, fueron los que con más puntualidad acudieron a despedir a esos humildes obreros, enfundados en un uniforme, respetable sí, porque es la vestidura reservada a los parias, a los pobres, a los desgraciados.

No pueden quejarse esos infelices que se alejan con rumbo a la muerte. En la orilla estaban las madres y las hermanas conteniendo los sollozos; veíanse las mujeres de los sargentos tragando sus lágrimas para no asustar a los niños que miraban con asombro en la popa del buque al padre vuelto de espaldas para ocultar su emoción; era dolorosa la despedida; pero ya estaban allí las autoridades para animar al rebaño repartiendo pesetas y tabaco, y tampoco faltaban, hablando de patria, honor, etc., esos buenos burgueses que a la menor alteración de orden público corren a esconderse en

el último pueblo de la provincia, pero que, belicosos por afición, gustan de leer por las noches, en la caliente cama y con gorro de dormir, las noticias de las batallas, y por las mañanas digieren mejor el chocolate si saben que «hemos vencido».

¡A Cuba, sí! Debemos defender nuestros intereses. Por el honor de España tenemos que guardar fusil en mano los millones de los negreros jubilados; debemos conservar la isla para que no se interrumpan las remesas de ladrones; es preciso conservar nuestra Antilla tal como hoy está, para que el mundo civilizado pueda apreciar un ejemplo palpable de cómo se gobernaban las colonias en tiempos del absolutismo.

El porvenir no debe inquietar a ese rebaño gris de infelices que se aleja. Más de una mitad estará antes de tres meses pudriendo tierra... Pero, ¿qué importa esto? También gozarán el envidiable honor de que Romero Robledo u otro de los «ingeniosos» políticos que tienen ingenios en Cuba los llore en el Congreso como héroes, como mártires de la patria, sin enterarse siquiera de sus nombres.

Y los que sobrevivan, si pueden volver a España, tienen asegurado el porvenir. Entre los que les despidieron ayer no faltará quien les compre los abonares irrisorios con un descuento del 99 por ciento, y si quedan inválidos pueden aprender a tocar la guitarra para pedir una caridad a cualquiera de esas familias enriquecidas en Cuba, y es posible que desde sus carruajes les arrojen dos céntimos.